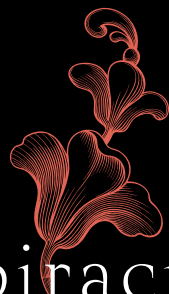




*Un asesinato sin resolver  
y la ira de la familia más  
poderosa del mundo.*



La conspiración  
**MÉDICI**

BARBARA  
FRALE

  
ESPASA

BARBARA FRALE

LA CONSPIRACIÓN MÉDICI

Traducción de Alejandro A. Fonseca Acosta



Título original: *Conspirazione Medici*

© Newton Compton Editori S.R.L., 2019

© por la traducción, Alejandro A. Fonseca Acosta, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con Planeta México, S. A.

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-670-6397-4

Depósito legal: B. 12.532-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# I

El cielo sobre la laguna parecía haber tomado un color enfermizo. Una fina capa de nubes cubría el sol y daba a la luz un matiz macilento. Desde alguna parte, a lo lejos, amenazaba temporal, pero, por ahora, sobre los tejados de Venecia tan solo caía una densa capa de humedad.

Desde el magnífico jardín con vistas al Gran Canal, Giuliano de Médici observaba el agua estancada a sus pies y sentía una ligera inquietud por el olor a algas podridas y la lentitud de la corriente. Le hacía pensar en sangre espesa y densa deteriorándose en las venas de un cuerpo aún vivo. A sus espaldas, la hermosa residencia ducal celebraba con música, canto y libaciones solemnes la Navidad del año de gracia de 1477.

Unos pasos firmes sobre la grava lo hicieron darse la vuelta. Su excelencia Marco Correr, persona de confianza del dux y miembro destacado del patriciado de la Serenísima, se le acercaba con aire desenfadado. Alto, imponente, moreno como un moro, iba cubierto con una túnica de terciopelo azul de medianoche bas-

tante sobria, en contraste con la opulencia de las sedas translúcidas y los brocados de oro tan en boga entre los nobles venecianos. Tenía la sonrisa despreocupada de quien busca un fácil acercamiento charlando de cualquier minucia.

—Giuliano de Médici, ¿es usted un joven incorregible! Se ha escapado sigilosamente del banquete que el dux ha ofrecido en su honor. A fe mía, creía que sería para llegar a un encuentro galante. Pero no, lo encuentro aquí solo, observando el canal, melancólico. ¿A qué se debe?

—Necesitaba un poco de aire fresco. Hace demasiado calor en el salón —respondió con vaguedad.

—¿De verdad? ¿No será más bien que está tratando de escapar de los tentáculos de aquellos que quieren manipularlo? El reverendísimo patriarca parecía ansioso por engancharlo. Querrá pedirle una entrevista privada, podría apostar por ello. A nombre del santo padre.

—Tal vez —dijo Giuliano evasivo.

—¿Sabe lo que se murmura por ahí? Que Sixto IV se muere de ganas de que usted se case con su sobrina Agostina, la hermana de Girolamo Riario. Comentan también que su hermano Lorenzo no es contrario a ese proyecto en absoluto, porque lograría para Florencia una alianza con Génova y las otras ciudades de Cinque Terre. Pero usted, joven, no se ve muy entusiasmado. No tiene el rostro radiante de quien está a punto de contraer nupcias.

—¿Acaso debería? Nunca he visto a esa doncella en mi vida.

Eso no era falso, pero, a juzgar por el retrato que le habían enviado, Agostina Riario no poseía ninguno de los atractivos femeninos capaces de avivar los deseos de un hombre joven. Menuda, de nariz aguileña e incluso un poco jorobada. Sin embargo, ciertos agentes aduaneros que frecuentaban Liguria aseguraban que en realidad el pintor había sido magnánimo; la damisela en cuestión era más bien bajita, morena de piel y tenía además complexión de labradora. ¡Podría pasar por una campesina sarracena!

La cara de disgusto de Giuliano hizo innecesarios mayores detalles. Complacido con esa admisión tácita, Correr se percató de que era momento de llevar a cabo su maniobra.

—Me he dado cuenta de que mi hija Laudomia le tiene afecto. ¿Sabe que ella lo vio pasar por la calle y me insistió mucho en que encontrara el modo de invitarlo? Creo que ha perdido la cabeza por usted. Si está de acuerdo, puedo hablar con el dux al respecto. Todos sabemos que una alianza con Venecia puede resultar muy útil para la Signoria y su hermano Lorenzo. ¿Acaso no ha venido aquí para sondear el terreno? Mi hija le conviene, Giuliano. Siempre que el compromiso entre usted y la señorita Riario no sea ya un hecho, por supuesto... No, no lo es. ¿O estoy equivocado?

—Nada irrevocable, excelencia. En realidad, mi hermano no ve con buenos ojos un vínculo entre nosotros, los Médici, y Girolamo Riario. No deja de ser el sobrino del papa, es cierto, pero no goza de buena reputación.

Ante tales palabras, Marco Correr estalló en una gran carcajada.

—¿Buena reputación? ¡Por favor, pero si ese Girolamo Riario es uno de los peores sinvergüenzas que conozco! ¡Solo un cínico como Sixto IV podría tenerlo a su lado en la curia y presumir de él como si fuera el orgullo de la Santa Iglesia Romana!

Correr no exageraba. Ambicioso, arrogante, desvergonzado y ni siquiera muy inteligente, Riario tenía como única cualidad una apariencia atractiva que le conseguía el amor de las mujeres, ya fueran viudas, solteras o casadas; de ahí su gran fama de mujeriego, que ciertamente no beneficiaba a Su Santidad el papa, su tío. Apesar de todo, Sixto IV lo idolatraba y era incapaz de mantenerlo bajo control. Acosado por su sobrino, que quería subir de rango a toda costa, el pontífice le había comprado el título de conde a un alto precio. Al no ser suficiente para satisfacer la avaricia del joven, Sixto IV se vio presionado a pedir para él la mano de doña Caterina Sforza, hija natural del duque de Milán, y hasta llegó a comprar la ciudad de Imola para que Girolamo pudiera convertirse en señor. Pero ni eso le bastaba. Nunca era suficiente.

—Piénselo, Giuliano. Y, sobre todo, haga entrar en razón a su hermano. Ustedes los Médici necesitan adquirir prestigio en este momento para consolidar su ascenso dentro de la Signoria, especialmente después de que Lorenzo tuviera la brillante idea de casarse con una mujer de la casa Orsini. Su familia ha alcanzado ya un rango principesco y, a estas alturas, ¿qué pasaría

si ahora se emparentaran con una joven de oscuros orígenes? Antes de que Sixto IV se convirtiera en papa, Girolamo Riario vivía al día como escribano. No sería el mejor pariente, ¿verdad? Nosotros, los Correr, en cambio, pertenecemos al patriciado veneciano más antiguo e ilustre. Hemos tenido varios dux en la familia y muchas relaciones que pueden resultarles útiles. Y por último, algo que nunca está de más, poseemos una gran fortuna.

Los ojillos de Correr brillaban como el oro cuya fascinación evocaba. A Giuliano le pareció más prudente moderar su euforia: no quería arriesgarse a que Correr se creara falsas expectativas, y mucho menos que creyera que podía cantar victoria sin antes discutir la propuesta con Lorenzo.

—Tal vez nunca me case, excelencia. Después de todo, se supone que Lorenzo continúa con la estirpe. Y la vida de soltero no me desagrada en absoluto.

Algo decepcionado, Correr adoptó un semblante sarcástico y un poco malicioso.

—Pero ¡no me diga! Entonces los rumores son ciertos. Su hermano Lorenzo vuelve a la carga para encontrarle un lugar en la curia. Una posición muy prestigiosa, dicen. Tal vez hasta en el Sacro Colegio...

Los ojos de Giuliano se abrieron con sorpresa. La sonrisa aparentemente frívola de Correr hacía suponer que sabía más de lo que era prudente y oportuno.

—No es ningún secreto, hijo —indicó el veneciano anticipando cualquier pregunta.

Entonces le extendió la transcripción de una carta



que monseñor Gentile Becchi, en otro tiempo tutor de Lorenzo, había escrito un mes antes. Era una carta confidencial, pero el dux de la Serenísima tenía fieles informantes en la curia romana que no le quitaban el ojo de encima a quienes fuera necesario para luego informar de cada detalle que pudiera considerarse de interés.

Giuliano agarró el papel con una mano furiosa y lo miró. Monseñor Becchi parecía apremiado por una urgencia sincera. Y su tono indicaba alarma.

*Mi querido Lorenzo:*

*Ayer recibí de nuevo la visita del cardenal Ammannati, quien, como sabes, os tiene en alta estima a ti y a toda tu familia. En mi calidad de tutor, pero sobre todo por el afecto que te tengo, creo que debes prestar la máxima atención a este problema.*

*El eminentísimo padre volvió a preguntarme si aún eres de la opinión de que tu hermano Giuliano debe tomar los votos para que luego, a su debido tiempo, pueda recibir la sagrada púrpura. Él sabe que te interesa mucho llegar a ver un cardenal de la casa Médici en el Sacro Colegio, y fue en otro tiempo también un gran deseo que Cosimo no pudo cumplir. Ammannati no está en contra y, si sigues sus consejos, lo consultará con el papa.*

*El primer punto sobre el que debes reflexionar es que Giuliano es un joven que no está preparado en términos de doctrina. Es de costumbres muy libertinas, licencioso y despilfarrador. Convertirlo de inmediato en cardenal parecería poco conveniente; por ende, no tiene caso elevarlo en-*

*seguida a un honor tan alto. No tiene nada de sacerdote y ninguno de los cardenales se acostumbraría a verlo vestido de púrpura, sentado en el consistorio. Será necesario educarlo y pulirlo, y para ello tendrá que usar el roquete eclesiástico y deberá recibir órdenes menores. Un par de años como protonotario apostólico le enseñarán a hablar, pensar y comportarse adecuadamente en la curia romana. No es necesario que sea consagrado sacerdote; por el contrario, es apropiado que siga siendo clérigo, porque será más fácil, en el caso de que mueras a manos de tus enemigos, hacer que recupere su condición laical para que pueda reemplazarte y tome en sus manos el mando de la familia Médici.*

*Sé que mis palabras te lastimarán, pero este es el único medio que tengo para ayudarte. Todos los días, mientras camino, escucho serpientes despiadadas siseando en las sombras contra vosotros, los Médici. Me gustaría detenerlos, pero no puedo. Ni siquiera Ammannati, que se encuentra muy por encima de mí, puede hacer nada. En el Vaticano, la complicidad no es un delito, mientras que el silencio a menudo se considera un deber. De manera que te suplico que, por favor, no ignores mis advertencias.*

*Con gran estima y afecto,*

*Gentile Becchi*

Giuliano arrugó la hoja en un arrebató de ira incontenible. ¡Al diablo con Lorenzo y sus complots!

Detestaba la idea de quedar sepultado en la curia, ya fuera por el bien de la patria, la gloria de la familia o la prosperidad del banco de los Médici. Quería vivir su vida, una que prometía ser espléndida y llena de

alegrías mundanas. Acariciaba la posibilidad de casarse con una mujer noble de alguna poderosa ciudad italiana, y Venecia era una excelente opción, dada la nueva orientación que estaba tomando la política. También tenía mucho que ofrecer en lo que a mujeres respectaba: Falier, Foscari, Gradenigo, Barbaro, Marcello, Vendramin... y decenas de otras familias patricias, todas muy ricas y con al menos una hija para casarla lo mejor posible. Por eso Giuliano había emprendido ese viaje en secreto acuerdo con el dux, después de meses de negociaciones realizadas personalmente con la discreción que lo distinguía. A Lorenzo, esa potencial unión no podría desagradarle, pues haría que las relaciones diplomáticas entre Florencia y la Serenísima fueran mucho más cordiales. Parecía atraído por la idea, por eso había autorizado el viaje de Giuliano y le había proporcionado una generosa cantidad de dinero para gastar y mantener alta la reputación de los Médici. Sin embargo, por debajo de la mesa, evidentemente, tejía su propia tela con un diseño muy diferente; se obstinaba en tener un cardenal Médici a cualquier coste, usando el destino de su único hermano como si no fuera más que una pieza de ajedrez.

—Hablaré con Lorenzo sobre su propuesta, excelencia —dijo con firmeza—. Si él está de acuerdo, su hija Laudomia será la mujer más admirada de Florencia. Y una esposa feliz.

Marco Correr rio de buena gana y luego le dio una calurosa palmada en el hombro.

—¡No le pide tanto su hermano, Giuliano! ¿Tam-

bién quiere convertirse en un santurrón como él? Dicen que después de la boda con esa noble romana pudo por fin sentar cabeza y que ahora es una persona muy recta. Parece estar tan obstinado con la fidelidad conyugal como lo estaba con su papel de seductor libertino cuando estaba soltero... Pero ¿será realmente cierto?

Giuliano puso la mejor sonrisa posible en tales circunstancias. No estaba claro, por la forma en que hablaba Correr, si consideraba la lealtad de Lorenzo como una espléndida virtud o como una debilidad que lo ridiculizaba.

—Es totalmente cierto, que yo sepa —respondió.

—¡Admirable! ¿Entonces es Clarice Orsini tan hermosa?

—La belleza solo tiene que ver en parte. Mi cuñada tiene una personalidad especial. Cuando pesca algo no lo suelta. No hay escapatoria.

—¡Qué retrato tan singular! Al oírle, uno se preguntaría si su cuñada es encantadora o más bien una bruja.

Giuliano se rio para sus adentros, como dictaba la decencia. Despreciaba las fanfarronerías, así como quienes tenían la pésima costumbre de alardear sobre asuntos privados o, peor aún, lavar en la plaza la ropa sucia de casa; pero, si hubiera tenido que describir a su cuñada, habría elegido justo esas dos palabras.

Al principio, sus inicios en el palacio Médici no habían sido fáciles para Clarice. Al llegar con sus numerosas cajas de fina ropa interior y cofres de joyas, como

corresponde a la dote de una novia de la casa de los Orsini, se los confiscaron de inmediato porque los intendentes de los Médici tenían que examinar, cotizar y registrar cada objeto, hasta los broches con los que se cierran los vestidos. Además, doña Lucrezia tenía mucho poder en la casa y lo usaba de forma despótica; gestionaba cada aspecto de la vida familiar y tenía la pernicioso convicción de que era su derecho, e incluso un deber, dar órdenes a su nuera, quien no podía más que obedecer.

Clarice se sentía casi prisionera en esa casa rebosante de riqueza, tanto en mobiliario como en decoración, pero cuya ostentación servía únicamente para mantener el prestigio dinástico, un señuelo brillante para encandilar con gloriosos títulos a los embajadores e invitados de paso por esas salas. En la vida cotidiana, los Médici economizaban en todo, y la viuda de Piero di Cosimo a veces demostraba una avaricia de usurera que Clarice encontraba repugnante. Por ejemplo, comía carne de ternera solo si se la regalaba algún terrateniente de fincas que quisiera obtener algún favor político de su hijo; comprarla estaba fuera de toda discusión, ¡era demasiado cara! A Clarice le resultaba difícil creer que Piero hubiera muerto en verdad de gota. ¿Cómo pudo ser, si tenía al lado a esa especie de arpía que le racionaba la carne?

Lenta y hábilmente, Clarice fue encontrando la manera de hacerse valer, apoyándose en Giuliano y empujando a Lorenzo a confiar más en su hermano menor, quien, a pesar de su corta edad, tenía habilidades de agudeza y delicadeza política en abundancia.

Giuliano estaba agradecido una inmensidad por ello. Pensaba, por tanto, que era precisamente a ella, a Clarice, a quien podía pedirle ayuda para hacer que Lorenzo, de una vez por todas, olvidara la odiosa idea de sacrificar a su único hermano con tal de satisfacer las ambiciones curiales de la familia.

—Me casaré con su hija —afirmó convencido—. Tengo un aliado en la familia que puede hacer que Lorenzo entre en razón.

Ante esas palabras, Correr mostró una expresión de duda.

—Siempre y cuando ese aliado no sea su tío Tommaso Soderini —murmuró—. Es un hombre excepcional. ¿Cuántos pueden jactarse de haber sido elegidos cuatro veces para el cargo de gonfaloniero? Todos lo estiman. Es recibido con los brazos abiertos en cualquier corte de Italia. Aun así, su hermano lo redujo a un mero y silencioso observador. Dicen que Lorenzo le tenía envidia.

Giuliano tragó bilis. Por desgracia, Marco Correr no hablaba falto de razón. Estaba bien informado sobre los hechos florentinos y tenía el perverso don de saber cómo echar sal en la herida sin perder la elegancia.

Desde la muerte de Piero el Gotoso, Lorenzo, entonces poco más que un niño, se había convertido en el jefe de la familia Médici; obviamente también heredó el papel político que había sido de su padre hasta unos días antes. Consciente de la carga que a partir de entonces pesaba sobre sus hombros, puso manos a

la obra para dar a las instituciones de Florencia la impronta de su voluntad y una dirección más conforme a las ambiciones de los Médici. Nada nuevo bajo el sol; sin embargo, lo había hecho saliéndose un poco de lo establecido, es decir, violando esa línea invisible trazada por Cosimo y Piero, ambos hombres cautelosos. Cosimo solía supervisar todas las decisiones y dirigía los resultados gracias a que contaba con un gran número de seguidores interesados en concederle todos sus deseos; pero, en todo caso, eran votantes formales con plena libertad de decisión, dueños de sí mismos y de su voto, independientes. Piero había seguido los pasos de su padre: ninguno de los dos actuó nunca violando las antiguas tradiciones republicanas.

—Tiene razón, Correr —dijo Giuliano admitiendo la estocada—. Le debemos todo a nuestro tío Tommaso. Lorenzo fue muy desagradecido con él.

El veneciano asintió con aire pensativo. Sabía bien que Soderini había sido un colaborador cercano de Cosimo y, después de su muerte, un fiel consejero de su hijo Piero. Nunca había mostrado señales de deslealtad hacia la familia Médici. En el momento decisivo que siguió a la repentina muerte de Piero, reunió con rapidez a los principales partidarios de los Médici, los convenció de que juraran lealtad y de que de inmediato brindaran su apoyo al joven heredero de tan solo veinte años. Muchos aceptaron sin siquiera conocer a Lorenzo, sin tener mayor certeza acerca de su temperamento ni de sus intenciones; confiaron en el buen

juicio de Soderini, que serviría de garante y que, como era natural, se encargaría de guiar al muchacho que de forma prematura debía tomar las riendas del destino de la familia Médici y de la ciudad.

A ojos de todos, Soderini perpetuaba ese buen gobierno que antes garantizaba Cosimo, que usó la violencia y el exilio con gran moderación, solo cuando fue estrictamente necesario. Una vez muerto Piero, todo aquello se prolongaría en el futuro gracias a Lorenzo. Estaban convencidos de ello, pero por desgracia el joven se había dejado guiar dócilmente por la prudencia de su anciano tío solo por un breve tiempo, justo el suficiente para que votaran por él, para poner un pie en la Signoria y comprender cómo manejar las riendas del poder. Pronto comenzó a dar señales de impaciencia, sin importarle que su comportamiento pudiera parecer arrogante e ingrato; comenzó por desafiar a Soderini y a disminuir de manera sistemática su autoridad y funciones, hasta que al final logró excluirlo de todo. Ayudándose de sus propias amistades, todos descendientes de las familias más prominentes, Lorenzo había logrado minar la alta estima con la que Soderini contaba entre la gente. Esparció pequeñas calumnias y chismes poco consistentes aquí y allá: un lento juego de aniquilación llevado a cabo con pocos escrúpulos y mucha astucia que terminó por cansar al anciano diplomático, quien, como hombre íntegro, prefirió retirarse voluntariamente. Eso disgustó a muchos de los ciudadanos influyentes.

—Su hermano se enorgullece de haber enderezado



a Soderini..., por así decirlo. Ahora su antiguo tutor prefiere guardar silencio cuando habla su sobrino.

—Lorenzo es testarudo. Él siempre quiere hacer lo que desea —minimizó Giuliano.

—Y ¿lo ve apropiado? Usted es joven, Giuliano, pero tiene el juicio suficiente para entender que la política es un juego peligroso. Soderini los protegió a ambos, fungió como árbitro entre ustedes, los Médici, y las volubles grandes familias de Florencia. Al contener la bravuconería de su hermano, mantuvo a sus rivales a raya. Estaban a salvo de sorpresas desagradables bajo el manto protector de su prestigio. Y ahora, ¿qué pasará?

—¿Qué debería pasar?

—¡Solo Dios lo sabe, hijo! Llegan mercancías a las costas de la Serenísima, al igual que muchos de sus conciudadanos que ya no encuentran tan saludable el aire de Florencia. Corren rumores de descontento. Parece que su hermano mantiene en el palacio Médici un cuerpo diplomático distinto al de la Signoria y mucho mejor informado.

—La información es esencial para los negocios. A menudo recibimos despachos de muchos agentes de nuestras filiales disgregadas por toda Europa.

—¿Solo despachos comerciales? —preguntó con ironía—. Me parece que su hermano recibe embajadores de varios Estados que le piden favores o su mediación. Él los satisface pródigamente, así puede tener conocimiento de hechos importantes y confidenciales incluso antes de que la Signoria reciba noticias oficiales. También dicen que, si algún asunto involucra de

forma directa a Lorenzo de Médici, el Consejo de los Cien lo trata a puerta cerrada, en sesiones aparte. La mayoría de los priores deben abandonar la sala mientras discuten, porque el voto estará en manos de unos pocos ciudadanos bien elegidos entre los amigos de su familia, o al menos entre aquellos con reputación de no ser hostiles hacia ustedes. Giuliano, debe saber una cosa y que le sirva de advertencia: ¡fuera de Florencia es difícil, o tal vez imposible, distinguir si un acto depende de las decisiones del gobierno o si lo dicta la voluntad de quienes viven en el palacio Médici!

Mientras hablaba, el tono de Correr se había vuelto de pronto vibrante y desesperado, perdiendo toda su alegría inicial. El veneciano parecía en extremo interesado en asegurar una alianza matrimonial con los Médici y, a juzgar por su expresión, temía que el proyecto estuviera en grave peligro.

—Mi hermano Lorenzo cree que el amor y el miedo no se llevan bien. Y, si uno tiene que elegir entre los dos, cree que el miedo es más útil. Juzga mejor ser temido que amado. Tal vez para los venecianos es difícil de entender, pero Florencia es una ciudad extraña, donde no se puede mantener la riqueza sin estar en el centro de las cuestiones políticas. Controlar la Signoria es fundamental y al mismo tiempo agotador, pero el juego vale la pena. Se tiene que pagar un precio por ello.

La mirada de Marco Correr se oscureció.

—Todo tiene un precio en este mundo, lo sé. Pero ustedes, los Médici, deberían hacer bien las cuentas.

¿Qué pasará si la imprudencia de Lorenzo les cuesta su futuro?

Sentada de rodillas en la cama, una hermosa mujer de tez oscura contemplaba al joven que yacía a su lado, desnudo y desarmado. Lo observaba anonadada, preguntándose qué podría hacer para ayudarlo. Giuliano sentía que lo oprimía una sensación letárgica que no podía sacudirse; incluso la pena que había albergado durante días le parecía ahora indistinta, como cuando se intenta vislumbrar el perfil de un objeto a través de una gruesa cortina de agua.

—Lo siento —declaró—. No es porque seas negra, me gustan las mujeres de color. Me gustan las mujeres morenas. En realidad, me gustan todas las mujeres hermosas. Es solo que...

No tuvo que decir más, ella ya había captado muy bien cuál era el problema. Samira, la costosa esclava africana que el dux Andrea Vendramin de forma magnánima había puesto a disposición de su huésped florentino, tenía la piel brillante y grandes ojos de cervatillo, pero detrás de su obsequiosa dulzura se dejaba adivinar el fulgor de una astucia vivaz.

En virtud de ese talento, y también a la luz de su amplia experiencia con los hombres, no le era difícil detectar cuáles podían ser los obstáculos que habían arrastrado a ese joven guapo, fuerte y saludable al abismo de la derrota.

—Eres joven, señor, pero tienes muchas responsabilidades —dijo con tono comprensivo.

Tenía una voz suave, grave y cálida, que recordaba al sonido aflautado de ciertos instrumentos orientales, ideal para hacer sentir cómodo a un hombre frágil e inseguro.

—Tal vez tengas razón, Samira. Las negociaciones con la Serenísima fueron bien, tanto es así que el dux te cedió a mí.

—Entonces ¿por qué estás triste? ¿Hay una mujer en tu corazón?

Giuliano se levantó con un gesto brusco, demasiado brusco para esconder el intenso abatimiento que sentía. Se dirigió a la ventana y apoyó las manos en el alféizar, permitiendo a la esclava una clara visión de su espalda desnuda e indefensa, encorvada por la desesperación. Era un hombre bien parecido, de mediana estatura y buenas proporciones, moreno, de rasgos duros pero suavizados por un carácter alegre y divertido. Su cuerpo parecía esculpido como el de un antiguo atleta gracias al entrenamiento continuo e intenso que llevaba a cabo para participar en los torneos, ya los organizaran los Médici o asistiera por invitación de otro gran señor. Tenía todo lo que un hombre joven podía desear, pero en ese momento parecía un perdedor.

No podía sacar su imagen de la cabeza. El verdor del jardín de abajo le recordaba la frescura de esos ojos; las flores evocaban el aroma de su piel, tan dulce y seductor que lo volvía loco. Simonetta Vespucci se llamaba su obsesión.

—Sí, hay una mujer —murmuró—. No puedo olvi-

darla. Dejó una herida en mí que arde como el fuego. Llevaré este dolor hasta la tumba.

—¿La desposaron?

—No. Ya era la esposa de alguien cuando la conocí.

—¿Su esposo la alejó de ti cuando lo descubrió?

Giuliano se volvió para mirarla por un momento, y la esclava notó que sus ojos estaban humedecidos por una añoranza imposible de extinguir.

—Me la robó alguien mucho más poderoso que su esposo, Samira: la muerte.

—Lo lamento mucho, señor. ¿Cuándo sucedió?

—Fue hace más de un año.

—Y aún sufres tanto por ella... Deberías casarte, señor. Busca una esposa y ten hijos. Eres joven. Debes encontrar consuelo, seguir viviendo.

Giuliano enderezó la espalda y luego se sentó en la cama junto a ella. La acarició con ternura.

—¿Tú alguna vez has estado enamorada?

La muchacha echó para atrás su hermosa y majestuosa cabeza, sacudiendo una cascada de rizos negros. Una sonrisa ingenua brilló en ese rostro oscuro como la noche.

—Claro —agregó—. Me enamoro cada vez. También de ti, señor, estoy muy enamorada.

Eso le ganó un pellizco afectuoso en el brazo.

—Eres una joven muy despierta, Samira. ¿Qué significa tu nombre?

—Significa «mujer de compañía agradable».

—¡No podría haber un nombre más atinado! Eres

demasiado lista para ser esclava. Si quieres, puedo pedirte al dux como regalo. Te llevaré conmigo.

Parpadeó despacio, mostrando sus pestañas largas y sorprendentemente bellas.

—¿Me llevarás a Florencia, señor?

—Claro. Vas a estar bien.

La seguridad con la que había hecho esa promesa era tal que no la hizo dudar de la autenticidad de sus intenciones; sin embargo, ella se rodeó las piernas con los brazos y lo miró con astucia.

—Me gustaría visitar Florencia. Me gustaría ir contigo. Solo que tú no desees volver a tu ciudad, mi señor Giuliano de Médici.

Sintiéndose descubierto por aquella observación, que parecía asomarse sin autorización al oscuro fondo de su conciencia, él acomodó la almohada bajo su cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Qué te hace creerlo? —le preguntó.

Muy seria, clavó en la mirada de ese joven la aguda obsidiana de sus ojos.

—Tu corazón está lleno de ira, señor —murmuró ella con suavidad, como un médico concienzudo—. Y desbordado de dolor. Es aquí en Venecia donde te gustaría quedarte, no en Florencia.

Giuliano se puso nervioso.

—¿Esta sí que es buena! ¿Eres también adivina, por casualidad?

Samira no se dejó desanimar por el tono afilado de su voz.

—Mi padre era *mganga*, un chamán. Y de entre to-

dos sus hijos, me eligió para convertirme en su *mdundami*, su aprendiz.

Sorprendido, se apoyó sobre los codos.

—¿Y eso qué importa? —preguntó con aire aburrido, pero quedaba claro que estaba muy interesado en el asunto.

—Mi padre era *mganga wa fikira*, curaba con el pensamiento. Por eso puedo leerte la mente. Te escuché hablar con Marco Correr mientras estabas en el jardín. En tu voz la rabia hervía como la lava de un volcán a punto de erupcionar.

Superados sus recelos, él decidió quitarse la máscara.

—Está bien. Lo admito. Tengo grandes diferencias con mi hermano. Y ¡te lo juro, me muero por saldar cuentas!

—¿Qué te hizo?

Giuliano resopló, tenía la maldita necesidad de restarle importancia a su pena, pero también de confiar en alguien que no pudiera interferir en sus problemas privados.

—Soy un peón en sus juegos políticos —comentó enojado—. Y actúa a mis espaldas, ¡maldita sea! Si al menos me mantuviera informado, si me hiciera partícipe de sus planes... Pero ¡soy solo su estúpido títere, al que se cree con derecho a usar como le plazca!

La esclava sonrió en silencio. Tenía un corazón tan grande que evitó darse el gusto de subrayar su superioridad y revelar que lo había advertido de inmediato. Tampoco era para presumir que, antes de haber

sido secuestrada y vendida a los mercaderes venecianos, un día su padre le había abierto los ojos al revelar la luz de los espíritus ancestrales. Samira era una sanadora, y eso conllevaba responsabilidades precisas ante los hombres y ante el Creador Supremo del Universo, de quien provenían todos los dones.

—Puedo ver tu futuro, señor.

—¿En serio?

—Hay algo que te circunda —le explicó con firmeza—. Lo puedo percibir. Aprendí a ver con mis *ishirini* lo que pasará.

—¿Tus qué?

—Son pequeños cubos de marfil similares a los dados de un juego. Veinte en total. Hay un símbolo en cada cara.

—¿Querrías usarlos conmigo?

El tono burlón de Giuliano no hizo mella en la gravedad que marcaba la mirada de la esclava. Ella dudó apenas un momento, luego se levantó y depositó una pequeña bolsa de seda negra sobre la cama. Desató el condoncillo y dejó que él los viera.

—Déjame hacerlo, señor. Los hombres son perversos. Por ejemplo, podrían volverte loco con una mala hierba.

—No conozco a nadie a quien le interese verme loco, Samira.

—Te pueden hacer cosas peores. Algunas personas degüellan un pollo en el *lyang'ombe*.

—¿Qué es eso?

—Un amuleto en forma de brazalete. Y luego rezan



así: «Derramo esta sangre para que ese hombre allí se consuma; mientras la sangre de este pollo se absorbe, que su sangre sea succionada». Yo puedo salvar a esas personas. Para contrarrestar esto, pido traer un pollo y preparo una medicina.

—¿Preparas una droga?

—Está hecha con diferentes ramillas sostenidas por un anillo de hierro. Se debe degollar el pollo para que la medicina absorba su sangre, luego se hierve la sangre con la medicina. Cuando el enfermo la bebe, la maldición deja de succionarle la vida del cuerpo.

Giuliano torció la boca con disgusto.

—¡No haré nada de eso! Pero te permito que me leas el futuro con esos extraños artilugios, si tanto te importa.

Sin más demora, Samira saltó de la cama y corrió las cortinas para que la habitación quedara aislada de la luz del día, envuelta en una tranquila y estática penumbra. Encendió tres lamparillas y, en la cuarta, comenzó a quemar granos de incienso. Sentada sobre sus talones, de perfil, parecía evocar el carisma de una antigua sacerdotisa etíope que oficiaba el rito de Isis en el Egipto de los faraones.

Apretó la bolsa de seda entre las manos y la sacudió durante mucho tiempo revolviendo las piezas mientras recitaba en voz baja una letanía incomprensible. Luego lanzó un grito que hizo que Giuliano se sobresaltara y se sentara con rapidez en la cama, pero entonces se dio cuenta de que el grito no era de dolor.

—*Kuluka nijani* —murmuró—. Significa «cruza la

calle». Parece que alguien pasará por tu vida, un encuentro ocasional pero importante.

—¿Quién es?

—Una mujer, señor. Ella te marcará.

—¿Qué quieres decir?

—*Ku-zinga* —dijo ahora Samira—. «Rodear.» La mujer que conocerás te atrapará y despertará el interés de tu alma como nunca antes.

—No lo sé —repuso con tristeza—. Pero me gustaría. Desearía tener una familia, algún día. ¿Qué más ves? —Los ojos de la esclava vacilaron ante el augurio silencioso que se le presentaba—. ¿Samira? —la apremió él.

—*Kutega* —profirió desolada—. «Trampa.» El vínculo con la misteriosa mujer puede costarte caro, tus enemigos se unirían contra ti.

Ella lo miraba casi horrorizada y sus ojos se abrían con desmesura, dilatados por la atrocidad que creían ver.

—Está bien, me mantendré alejado de las mujeres —respondió en un tono bastante despreocupado.

Samira no le creyó ni por un instante. Se puso de pie de un salto, abrió un armario y le entregó a Giuliano un pequeño hatillo de ramitas unidas por un anillo de hierro.

*Lyang'ombe.*

La medicina mágica capaz de revertir la catástrofe que se cernía sobre él.